

## EL PASADO QUE NOS PESA

Alfredo Joignant  
Profesor Titular  
Escuela de ciencia política  
Universidad Diego Portales  
[www.alfredojoignant.cl](http://www.alfredojoignant.cl)

Tras el bullicio provocado por la sanción judicial a CENCOSUD precisamente en el momento en que Laurence Golborne era su gerente general, se ha puesto en evidencia la importancia de rendir cuentas sobre el pasado individual y la vida propia cuando lo que se encuentra de por medio es una voluntad de ejercer cargos públicos. Si bien este bullicio es explicable por la naturaleza escandalosa de un caso que evoca espontáneamente los abusos de La Polar, pero también por la torpeza de relativizar el abuso y sustraerse de la responsabilidad (“uno no se manda solo”) por parte del propio Golborne, es interesante detenerse en el ideal de autenticidad subyacente.

¿Por qué debiésemos juzgar, todos juntos y al unísono, el comportamiento empresarial y por tanto privado de Laurence Golborne de hace algunos años? Hay varias razones que permiten responder esta pregunta. En primer lugar, porque durante mucho tiempo el interés particular o privado corría en un carril paralelo al interés general, y cuando ambos coincidían era en la forma de un interés general desagregado en una infinidad de intereses particulares, al punto de perder su relevancia intrínseca: este es el argumento que entre cinco autores hemos desarrollado en *El otro modelo*, un libro de pronta aparición, y que permite entender el escándalo que hoy –a diferencia de hace tan sólo un puñado de años– provoca un interés particular (por ejemplo el de CENCOSUD) cuando éste busca (y lograba) imponerse al interés general, o si se quiere al interés de todos. La segunda razón, un poco más obvia, es que de no ser porque el ciudadano Golborne decidió incursionar en la esfera pública por un cargo de representación popular, nada hubiese justificado las explicaciones que hoy se le exigen: probablemente, el escándalo habría existido igual, pero habría rápidamente quedado confinado al tratamiento judicial. Esto quiere entonces decir que en las condiciones políticas y sociales del Chile de hoy, participar de las luchas en la esfera pública supone cumplir con requisitos de autenticidad, o si se quiere de genuina sinceridad en lo que se refiere a la vida propia.

¿Es razonable este reclamo general de autenticidad? Definitivamente hay algo ingenuo en este ideal público de autenticidad, el que no siempre ha existido, puesto que los individuos de ayer, de hoy y de mañana no han sido ni serán completamente virtuosos, pero tampoco podrían ser descalificados por estar enteramente atravesados por vicios privados. En tal sentido, este reclamo de autenticidad que es dirigido a quienes se proponen incursionar en la esfera pública (por ejemplo por la primera magistratura), se sustenta en una concepción irrealista de los individuos políticamente interesados, al exigir de ellos un mínimo virtuoso a la luz de sus biografías, y al presumir de ellos un comportamiento

desinteresado, hecho de vocación y desprendimiento al momento de competir por un cargo de representación popular.

Esta concepción ingenua e irrealista de la autenticidad debe también ser entendida a la luz del ideal de transparencia predominante en nuestra época, el que es exigible cuando se pretende ganar el derecho a ocupar un cargo electivo. Qué duda cabe: como nunca antes en la historia, los aspirantes están sujetos a formas de escrutinio público extraordinariamente exigentes, ya que se trata de escudriñar en los aspectos pasados de la vida con el fin de proyectarlos hacia un futuro probable en algo parecido a una historia individual total. Paul Auster ya lo intuía en su *Diario de invierno*: si dejamos de ser extraños para nosotros mismos “es sólo porque vivimos dentro de la mirada de los demás”.

¿Nos estamos acercando, casi sin saberlo, al estándar irrealista y asceta estadounidense según el cual cada traspie (desde el desliz ocasional a la infidelidad prolongada, desde el consumo adolescente de drogas a la evasión juvenil de la guerra) transforma a un candidato presidencial *en falta* en algún momento de su vida en un verdadero traidor a los principios fundacionales de la comunidad política? ¿No hay algo de profundamente inhumano en esta exigencia de autenticidad, la que desconoce el carácter inevitablemente imperfecto de cualquier existencia individual, cuya naturaleza es precisamente caer y errar? Ciertamente, estamos lejos de las caídas absurdas de candidatos presidenciales en Estados Unidos por errores pueriles, pero sigue en pie la pregunta de si es razonable exigir una vida impecable y ajena a toda tentación cuando se aspira a representar el interés de todos en el foro público.